

# DÍA DE MUERTOS

## Felipe Garrido

—Así es la tradición —dijo el hombre y se alzó de hombros, frente al altar, en aquella última casa de San Gabriel.

Marita y yo habíamos caminado de una casa a otra, entre grupos de turistas, viendo las ofrendas, escuchando las explicaciones, hasta llegar a aquella callecita donde nos besamos. Y entonces las vimos, las huellas de luz.

—Los difuntos regresan esta noche a sus casas —dijo el hombre mientras cambiaba de lugar una botella, mientras tomaba la guitarra para acercarla a la fotografía que estaba en el centro del altar, entre la loza vidriada y las canastas de pan.

Era un cuarto pequeño, iluminado por las velas del monumento y por un foco pelón que colgaba en medio. Una mujer nos invitó a pasar, con un gesto, sin suspender sus oraciones. Otras personas, sentadas en una hilera de sillas contra el muro del fondo nos sonrieron y se arrodillaron para responder la letanía.

—A buscar su gusto, a recibir las ofrendas —dijo el hombre y luego se volvió hacia nosotros y nos señaló unas sillas. Pero no estábamos cansados. Yo abrí un limón real. Marita, siempre más atrevida, pulsó la guitarra.

—En ésa no salimos tan bien; parecemos dos ratitas mojadas —me dijo en voz baja, para no ofender a nadie, señalando con la barbilla hacia el centro del altar.

## Camposanto

Llegarás de noche y tendrás que salir antes de que amanezca. Así te lo dijeron. Verás que es verdad. En este pueblo el camposanto es lo único cuidado, lo único de alguna manera visible, lo más grande, lo más hermoso. Una luz muy tenue irradiará de los monumentos, aunque no haya luna. Una brasa fría en la oscuridad del pueblo. Y la gente. Solamente en el camposanto —nadie allí dice

panteón ni cementerio— verás pasar a alguien. Casi siempre en grupos de tres, de cuatro. Y los oírás reírse, o cantar, porque tienen buen humor, pero lo harán en voz muy baja, porque saben mantener el respeto. Verás también niebla y bruma, sueños y fantasmas, pero eso es cuento aparte.

Si tienes paciencia también la verás a ella. “No tengo otra cosa que darte”, te dirá sin que sepas si se está burlando de ti. Y entonces abrirá las manos. Verás que es un puñado de polvo.

## La ceremonia

Aunque todo el mundo terminó de comer, papá alza las cejas y nadie se levanta. Nos quedamos quietecitos Luz y Ernesto y Mario y Marta y Pepo y Troya y yo. Mamá y la abuela quitan la mesa y las tías sacan copitas y unas botellas, pero no Lucía porque ella todavía no está casada. Nos pregunta qué dice la escuela; vacila a Troya porque ya se le están cayendo los dientes; se hace la inocente cuando el tío Beto comienza con sus chistes; se quita y se pone la pulsera hasta que alguien le pregunta quién se la dio.

Papá deja una cajetilla en la mesa, para que cada quien fume cuando quiera, el tío Luis saca un puro y alguien abre las ventanas porque los domingos no hay coches y no importa que den a la calle.

Sirven las copas y caté; encienden cigarros y a nosotros nos dan más refresco o natilla y nos vamos quedando más y más quietos, porque sabemos que está a punto de comenzar la ceremonia. Sólo Troya quiere seguir jugando con Lucía; ella no entiende, es demasiado chica; pero la tía se la sienta en las piernas y la abraza para que no se mueva.

Hay entonces silencio. Se oyen los gorriones y de vez en cuando algún camión, y el ruido que se hace si alguien levanta una taza o golpea un cenicero con el cigarro para tirarle la ceniza.

—Un sol y sombra —dice el tío Luis mientras vierte el brandy—, como le gustaba al abuelo Juan.



—Pero él con uno tenía —recuerda una de las tías—. Enseguida se iba a dormir.

—De joven se cambiaba para la siesta. ¡Y cuidado con hacer ruido! —exclama otra y nos pela los ojos.

—Pero nunca fue tan dormilón como Agueda. Ella podía echarse un sueño en cualquier sitio —dice el tío Luis y la plática se anima porque todos recordamos alguna vez en que la abuela se quedo dormida donde o cuando no debía, desde el día de su boda hasta ese otro, sesenta y tres años después, en que cerró los ojos para siempre mientras dormía en una hamaca, a la sombra de unos mangos, en un jardín de Cuernavaca.

—El mes próximo cumpliría cuarenta —dice papá como si no le importara, y todos sabemos que está hablando de su hermano, el que se ahogó en el río.

—Y mi Víctor —susurra mamá con la voz quebrada— once ya, ¿no? —y me pregunto cómo sería vivir con un hermano. Mientras tanto, van recordando detalles dolorosos o se detienen en antiguas alegrías que, por antiguas, ahora son angustias o dolores atenuados.

El tío Luis trae a don Salvador, que fue dueño de la casa en que vivimos. El tío Beto trae a Marta; no Marta mi prima, la que está ahí en la mesa y pregunta siempre lo mismo, sino a la otra Marta, la que murió antes de que cualquiera de nosotros hubiese nacido, por causa de alguna plaga que nos arranca persignadas.

Cada quien contribuye a la ceremonia; va sacando sus muertos para dejarlos en la mesa, como la cajetila de cigarros. Abuelos, hermanos, padres, maestros, hijos, amigos, artistas, políticos.

—Alguien nos falta —dice al rato la esposa nueva del tío Beto, y quiere decir alguien querido nos falta. Miramos hacia el techo o cerramos intensamente los ojos o nos oprimimos la frente con las manos o hacemos cualquier otro de esos gestos que ayudan a recordar lo que olvidamos.

—Tienes razón —dice el tío Luis, con el puro apagado.

Un silencio de ausencia va creciendo de la mesa hacia el canto de los gorriones.

—Vamos a buscarlo —dice mamá y empieza a recorrer los caminos del pasado, en voz alta, acompañada por los demás.

De pronto se escucha el llanto de Lucía: fino, largo, delgado. Sus ojos se borran con las lágrimas. Sacude los hombros. Se ha dado cuenta de que no hay remedio; por más esfuerzos que hagamos no podremos encontrarlo. Sabe que es otro más que hemos perdido, que hemos dejado morir. ☒

---

**Felipe Garrido** (Guadalajara, 1942). Escritor mexicano, maestro en el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM. Creador emérito del Sistema Nacional de Creadores de Arte, autor de más de setenta libros. Ha dictado conferencias y cursos en México, España, Costa Rica, Colombia, Brasil, Uruguay, Cuba, Panamá, Estados Unidos y Canadá. Ha sido gerente de producción en el Fondo de Cultura Económica, director de Literatura en el INBA y en la UNAM, en donde cumplió 50 años de docencia; fue director del programa Rincones de Lectura en la SEP y de Publicaciones en el Conaculta. Actualmente es director adjunto de la Academia Mexicana de la Lengua y presidente de la Sociedad Alfonsina Internacional. Ha recibido, entre otros, el Premio de Traducción Literaria Alfonso X, el Premio Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores, la Medalla al Mérito de la Universidad Veracruzana, el Premio Jalisco, el Reconocimiento al Mérito Editorial de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y el Premio Nacional de Ciencias y Artes. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*. Estos textos fueron publicados originalmente en su libro *Conjurios* (Malpaso Ediciones, Barcelona, 2011.)